Lecturas breves

2021

ganadores y ganadoras
premio Roberto Bolaño

Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Gobierno de Chile

Fanzine

Premio Roberto Bolaño 2021

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Julieta Brodsky Hernández

Subsecretaria de las Culturas y las Artes
Andrea Gutiérrez Vásquez

Jefa del Departamento de Fomento
Claudia Gutiérrez Carrosa

Secretario Ejecutivo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura
Pedro Maino Swinburn

ISBN 978-956-352-399-7

Lecturas breves

2021

ganadores y ganadoras
premio Roberto Bolaño

"Hay una literatura para cuando estás aburrido. Abunda. Hay una literatura para cuando estás calmado. Esta es la mejor literatura, creo yo. También hay una literatura para cuando estás triste. Y hay una literatura para cuando estás alegre. Hay una literatura para cuando estás ávido de conocimiento. Y hay una literatura para cuando estás desesperado. Esta última es la que quisieron hacer Ulises Lima y Belano".

***Los detectives salvajes*, 1998**

Sobre el premio

El premio Roberto Bolaño a la creación literaria joven es el reconocimiento que el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través de la Secretaría Ejecutiva del Libro y la Lectura, ha establecido para las nuevas generaciones de escritores y escritoras.

Creado el año 2006 en honor al escritor de *2666* y *Los detectives salvajes*, en sus 15 años de trayectoria ha reconocido a algunos de los exponentes literarios más relevantes de la escena local, como Paulina Flores, Diego Zúñiga y Constanza Gutiérrez, entre muchas y muchos más.

Desde 2021, el premio cuenta con esta publicación para difundir la obra de sus ganadores, buscando que el talento joven tenga una nueva vitrina y, de paso, abriendo también la posibilidad de que este semillero de nuevas voces logre llegar a nuevos lectores y lectoras.

Listado de ganadores y ganadoras

Categoría A

CUENTO

Berta Hernández Rosales
Parpadea cuatro veces
Ganador

Emilia Mateluna González
No Son Lobos (pero lo serán)
Mención honrosa

Bastián Espinoza Pino
El caso de sangre
Mención honrosa

Camila Callilef Muñoz
¿Me conoces?
Mención honrosa

POESÍA

Emilia Mateluna González
El olor de las muelas
Ganador

Vicente González Vergara
Juegos de la tarde
Mención honrosa

Cristóbal Unda Labbé
Imágenes con G de heladas
Mención honrosa

Olivia Cervantes Novoa
Ayer un diálogo
Mención honrosa

Categoría B

CUENTO

Felipe Morales Anguita
Todas esas vacas muertas
Ganador

Benjamín Barrios Bravo
Funas
Mención honrosa

Diego Leiva Quilabrán
Podía morderme tranquilamente
Mención honrosa

Franco Santoro Monárdez
No sabemos vivir
Mención honrosa

POESÍA

Silvana Gonzalez Vásquez
Humedad
Ganador

Valeria Araya Lopetegui
En lugares no poéticos
Mención honrosa

Marcelo Palma Carrasco
Escenas de la muerte cotidiana
Mención honrosa

Eduardo Bustamante Fernández
No tuve papá, pero sí un Super Nintendo
Mención honrosa

NOVELA

Gabriela Alburquenque
Aviso de demolición
Ganador

Rafaela Gómez Pizarro
Hija de Mantis
Mención honrosa

Tania Palma Inostroza
Faramalla
Mención honrosa

Bastián Díaz Ibarra
Tres Experiencias Literarias
Mención honrosa

Categoría

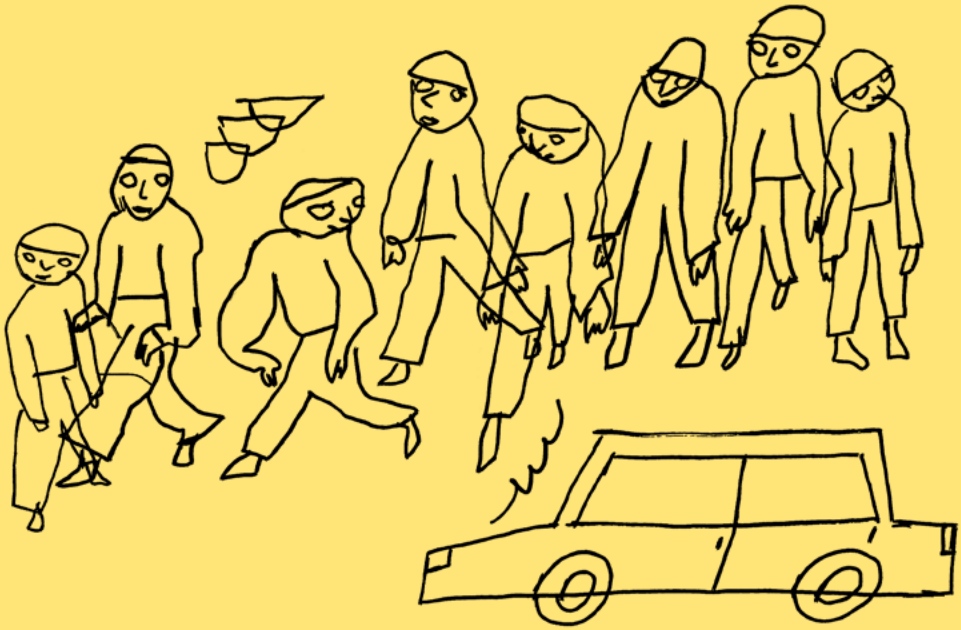
a

Cuento
Parpadea cuatro veces

Poesía
El olor de las muelas

Parpadea cuatro veces

Berta Hernández Rosales



Odiaba el sur. Llovía de día y de noche también, fuese invierno o verano, parecía siempre ser idéntico y como si eso no bastara, el frío calaba hasta los huesos. En la carretera había poca iluminación y un camino mal hecho, roto, con una zanja justo al lado, estaba predispuesto para que algún idiota cayera allí. Eso pensaba Víctor mientras daba un golpe al volante y apoyaba la cabeza en el mismo en busca de consuelo.

Estaba atrapado, inseguro del lugar donde se encontraba, pues apenas conocía los caminos y solo podía guiarse por un gps maltrecho. Era casi medianoche; todo culpa de un error de cálculo en su hora de salida, sin contar el horroroso tráfico de la ciudad, el cual ya comenzaba a extrañar. Las ruedas habían anunciado su imposibilidad sobre el barro, lo que empeoró la situación, acabando en un ruego del automóvil que parecía decir que no lo intentara de esa forma. Si algo estaba claro es que no llegaría a tiempo para la cena.

Revisó su celular, una equis apareció irónica junto a las barritas vacías de la señal. Inquietante. Nunca había creído en cuentos, así que podía atribuirle la preocupación más al hecho de no haber comido hace horas que al estar atrapado en medio de la nada. Podía quedarse en el auto y ya, tampoco era mala idea, igual no tenía más opción. Los parabrisas sonaban y la lluvia daba a entender porqué continuaban encendidos. Mantuvo las luces del auto altas, esperanzado que alguien lo viese. Pasaban los minutos, lentos, demasiado, hasta que finalmente se resignó y acomodó el asiento del conductor. Su vista ahora alcanzaba el techo, esperaría solo un poco más, mientras

maquinaría su siguiente historia, así podría presentar el borrador en condiciones pronto.

Dos toques en la ventana lo sacaron de todas sus fantasías, se irguió y observó; a través del cristal una persona le hacía señas para que bajara la ventanilla, acción que no llevó a cabo hasta visualizar el rostro del desconocido. Un hombre que rondaba los cuarenta años asomó la barbilla entre una capucha impermeable amarilla.

—¿Necesita una manito?

—Ah, sí —movió un poco la cabeza para aclararse—, no supe qué hacer.

El hombre rio.

—Voy a ver si se puede tirar, espere —los ojos de Víctor le siguieron mientras el extraño con una linterna apuntaba las ruedas del auto—. Parece que no se va a poder nada, porque pinchó una rueda.

—¿En serio? ¿No se puede arreglar, o sacar? —exasperado, rebuscó en su mente alguna manera para evitar la reparación del coche, no ganaba tanto.

—No, amigo, ta' complicá la cosa.

Víctor pasó una mano por su cabello para quitarle un poco del agua, se había empapado con solo un momento lejos del techo.

—¿No se puede hacer nada?

—Si quiere le doy hospedaje, se ve buena gente, y tenemos un cuarto en arriendo, porque a varios les ha pasado.

—¿A varios?— al menos eso lo hizo sentir un poco mejor, ya no se sentía como el único imbécil que no sabía manejar en mal tiempo.

—¿Lo arrienda?

—Sí, diez lucas la noche, tiene todo.

Era una buena opción.

—¿Cuál es su nombre?

—José Jesús Pérez.

—Víctor Torres soy yo.

—Un gusto pues, si trae cosas, sáquelas, que la casa queda medio lejos.

Apagó el motor con apuro, se acercó al maletero y tras abrirlo sacó su mochila y una maleta con ruedas, la que mantuvo en alto para evitar que se mojara y ocurriera otra desgracia. Mientras tanto, José acercaba su camioneta, un modelo antiguo, tono amarillento, con una especie de corral en la carrocería, hecho de madera, seguramente por él mismo. Se aseguró de dejar el auto cerrado y subió al vehículo, no sin antes resguardar sus pertenencias en el asiento trasero.

—Por cierto, gracias por la ayuda —señaló, tanteando su bolsillo derecho y extendiendo un billete de diez mil.

José tomó el dinero. Cuando la camioneta, con olor a pasto y estiércol, se adentró en un camino de ripio, la lluvia comenzó a decaer.

—¿Por qué viajaba a esta hora?

—Iba de camino a ver a mi hijo.

—¿Tiene hijos?

—Sí, uno —carraspeó.

Víctor tamborileaba sus dedos sobre sus piernas, hasta que cinco minutos después se detuvieron frente a un portón. José tocó la bocina, rompiendo el silencio que los acompañaba. Una niña se acercó corriendo para abrirlo, cubierta por un impermeable transparente, con botas de goma.

El entorno era poco visible más allá de los focos de la camioneta y dos luces fuera de la casa, una en la entrada, otra al lateral derecho, y una más en manos de la niña a forma de linterna.

Bajó sus cosas y siguió las indicaciones de José, que le señaló que entrara a la casa mientras él esperaba a Rocío, la niña. La oscuridad de la noche no le permitía percibir todos los detalles, de cualquier forma, optó por tocar la puerta y esperar a que se le permitiera ingresar. Percibió los pasos de alguien acercándose, dio un vistazo al suelo, notando un polvo blanco en la puerta, similar a la sal. Parecía reciente, aunque abajo había rastros de lo mismo, húmedos y mezclados con barro. La casa era de un piso, cubierta por fuera con lata sin pintar, ventanas pequeñas.

Una mujer abrió la puerta, llevaba delantal floreado y se secaba las manos con una toalla. Su pelo negro amarrado en una coleta baja, los ojos del mismo color se abrieron con sorpresa, y la dentadura amarillenta se logró percibir tras una extensa y curiosamente cálida sonrisa. No aparentaba tanta edad, quizá treinta y ocho o cuarenta, al menos eso indicaban algunos surcos que comenzaban a aparecer en su rostro y una que otra cana enredada en su pelo.

—Buenas noches —saludó, sin el marcado acento de José—. ¡Pasa!, ¡pasa!, supongo que eres el inquilino de hoy, ¿no es así?

—Sí, me llamo Víctor, un placer —extendió su mano otra vez, reacio.

—Víctor, yo soy Belinda —le correspondió, estrechando su mano—, ¿puedo saber qué te trajo aquí?

—Mi auto quedó atrapado y se pinchó una rueda.

Ella asintió, y con un gesto amigable le indicó que la acompañara.

—Comprendo, el temporal puede ser voraz con los visitantes. Te mostraré el cuarto, puedes ducharte, que estás todo empapado. Luego viene la once, mañana el desayuno.

—Gracias.

La vio asentir con la misma sonrisa plasmada en el rostro, portadora de una felicidad que Víctor no alcanzaba a comprender. ¿Quién podía estar tan feliz en una noche donde la tormenta parecía no querer detenerse, y más encima debía recibir a alguien en casa pasada la medianoche?

El único piso de la casa parecía hogareño y acogedor, aunque con un aura antigua, piso de madera, sin alfombras. En la entrada un colgador con chaquetas y un banquillo que al lado tenía botas de distintos tamaños —cuatro pares, todos negros—. Tres sillones rodeaban una estufa a leña, una tele sobre una mesa pequeña también, pero apartada, como si en algún momento hubiese empezado a fallar y nadie sintió la necesidad de repararla. En la pared, las clásicas fotografías familiares y un calendario de Valdivia. Las luces se componían de palos luminosos y la mesa, que imaginó era la que utilizaban para cada

comida, estaba cubierta por un mantel floreado. La cocina estaba al pasar un marco de puerta, dentro una cocina a leña, otra a gas, el lavaplatos amplio, un refrigerador, una mesa pequeña y otra puerta que al parecer conducía a una alacena.

Siguió a Belinda hasta el cuarto, que estaba ubicado en la primera puerta del pasillo junto a la televisión. El piso crujió con sus pisadas.

—Lo que necesites puedes decírmelo, aunque te aconsejo secarte primero. Este es el cuarto —abrió la puerta a su izquierda—, y ese el baño, hay toallas sobre la cama.

—Entendido, gracias —sonrió un poco, asintiendo para adentrarse en el cuarto.

Cerró la puerta tras suyo y tanteó el interruptor, al accionarlo se sobresaltó. Evidentemente no esperaba ver a un niño sentado a los pies de la cama, moviendo las piernas al no alcanzar el suelo. Ya un poco más calmado, suspiró y se susurró a sí mismo que en realidad no existía ningún peligro, solo era un niño, uno como cualquier otro.

El cuarto era pequeño, con un ejemplar de cada especie: cama, ventana, clóset, velador y lámpara.

—Hola —el menor lo saludó.

—Hola, no sé si lo sabes, pero voy a usar este cuarto.

—Lo sé, quería conocerte. Me llamo Elías, tú eres Víctor.

—Entonces, ya lo sabes.

—¿En qué trabajas?

—Soy escritor.

La risa aguda y casi forzada lo sorprendió. "¿Qué le pasa a esa criatura?", pensó.

—Nunca ha venido un escritor, ¿qué escribes?

—Novelas.

—¿De qué tipo?

Comenzaba a perder la paciencia mientras rebuscaba por ropa en su maleta. Como si las cosas no estuvieran ya lo suficientemente mal, ahora debía deshacerse de un infante preguntón.

—Románticas. Disculpa, Elías, pero ¿puedes dejarme solo un momento?

Ambos se observaron por breves segundos y logró percibir algo extraño en los ojos cafés del niño, quien tras aquello no respondió y se limitó a salir de la habitación. La sensación restante de esa corta interacción lo puso más nervioso de lo que se hubiera atrevido a reconocer. Tragó saliva sintiendo la imperiosa necesidad de un cigarrillo.

Luego de la ducha en el baño pequeño pero implementado como cualquier otro, ya vestido como debía y con menos inquietud gracias al agua caliente, se presentó en el living. Los ojos de José lo alcanzaron curiosos, se encontraban todos sentados a la mesa, excepto Belinda. Todo yacía en una perturbadora calma, a Víctor le extrañaba no tener el sonido de algo acompañándolo en todo momento, estaba acostumbrado a los autos pasando, las bocinas, la televisión, o cualquier cosa, lo suyo no era el silencio. Incluso la lluvia se había calmado un poco.

—Hombre, siéntese a la mesa.

Tomó asiento en una de las sillas libres, evadiendo la que estaba destinada a ser la cabecera de mesa. Tamborileó sus dedos en sus piernas, había revisado la señal, y frustrado notó que continuaba desconectado por completo, no podría avisar que no llegaría, tampoco echar un ojo en redes sociales para inmiscuirse en las opiniones de su última novela utilizando una cuenta secundaria, disfrutaba los buenos comentarios, los malos eran divertidos solo si tenía una copa al lado.

—Oiga, Elías dijo que era escritor usted, ¿vive de eso?

—Lo hago.

—Ah ¿y gana plata?

—Es un trabajo.

Por fortuna la conversación no continuó, ya que Belinda apareció con dos platos de comida, uno para su esposo y el otro, para el invitado.

—Niños, vengan a buscar sus platos.

—Sírvase no más.

Sobre la autora

Berta Hernández Rosales

Nacida en el 2003, criada en Futrono, región de los ríos, se interesa por la escritura a temprana edad, pero no escribe como tal hasta conocer plataformas digitales en las que era posible publicar/compartir escritos propios, cosa que le anima a continuar escribiendo y sacar aquellas numerosas ideas de su cabeza.

Instagram: @karima130hd

El olor de las muelas

Emilia Mateluna González

Serás solo un insulto

El que se ha cometido
con la boca llena: una mentira
sin caras o resultados contentos
se vuelve en contra de su final
serás solo un insulto
& su cara llena de risa
pero embrujada como un campo
(porque esas cosas no se inventan) se acercan
con las palmas quemadas, sin huellas
serás solo un insulto
porque eso es lo que quiero.
No, así nunca despertaré
daré el paso a los gigantes
antes de que tengas que ver
conmigo
no, así no seré el insulto
pero ver tu cara es lo que quiero
sin anhelar extraños
para que reconozcan el hecho.
No,
"serás solo un insulto",
pero por qué debo serlo
el árbol mira desvelado
está cesando, está reviviendo
como su cuerpo mira de soslayo
como su cara está
llena de palabras.

Apariencias

Sí, el castigador con su música
para echarnos a los demás
las culpas.
En los infiernos tu voz ha sonado
pero en nuestras juntas nadie más
la oye.
Rescatándose hacia la superficie
porque tanto respiro marino
amor, se ha coronado
porque primero es tu nombre antes
del de Dios
o sus mensajes.

Antes de que ella por fin te rescate
le entregas tu vida.

Resistida te sigue soltando
te vuelve a traer desinterés,
pero además golpea con oro
en su casa de grandezas,
te sigue & te convierte
en una maleza, enterrada.

Antes de ser laurel ha perecido.

No implores a los que te crearon
porque ellos no cumplen nada en este rol
sea por
el comienzo o el fin.

Empapado de veneno en la rueda
tomaste asiento para que yo llegara
me miraste al instante
que yo cierro la mano
o me reflejo en el utensilio
aunque firme con piel
lo que sucede me ve con ojos de espera infinita
las quejas, su encanto repudió
los daños
las quejas, los daños
que sufrieron los hogares
que depositamos hace tanto tiempo
indefinidos, sin número.

(promete amor eterno a...)
Nadie se convierte en héroe.

Torturación

En tu cama trataste de escribirme
puede que te hayas tardado un poco más
conmigo a diferencia del resto
pero despierta, digo
porque tienes que hacerlo
& sacarme de aquí
(sin mí adentro
ni en un botellón
ni con elegías)
porque debes abandonar
tus pobres obituarios.
PREFIERO VISITARTE EN UNA CÁRCEL.
Dices que puedes perseguirme
que no servirá
mi defensa en esta situación
descabellada yo la llamo
qué hacer
con mis propios huesos
sin terminar hecha polvo
de ceniza de tierra de pavimento
sería mejor que me pases por encima,
sugiero.

Qué hacer contigo
adentro mío
atacando sin honor
sin permisos.

TEN CUIDADO,
ES LO ÚNICO QUE DIGO.

Juin

La ceremonia ha terminado
& no hay que pelear
sobre una sábana rota
el patrón pintado, pero
se ha ido
la ceremonia ha terminado
podemos hablar con la garganta
gritar susurrando
gritar como una vela que no
derrite
en un movimiento con la mano
la nube ha caminado
bastante cerca.

Otra vela nueva
me preparo para hacer círculos en
tu espalda
cayendo a un lado de los tuyos
redimiéndome:
todo lo que hago
será un mal sueño.

Cuando quemo tu cuadro
cuando quemo tu cuarto entero
sigo sin sentir
nada.

Como se saca el trueno cae la
memoria & las tierras vendidas
se separan los hermanos por
distintas partes
alejadas
se convierten en pájaros que
encontraron nidos & levantaron
casas
con cartón.

Si soy como tú
& tuya desde la raíz del nacimiento
& el camino con la tortura
entonces yo también debo ser
una mujer-pájaro
alzada contra la mirada humana
que acrecienta la luna
despide estrellas cerradas

& consigue tratos con lo prometido
en centenares de diciembres.

Las sillas caen como manzanas
del techo & ahora yaces en el suelo
prepárate para caminar.

Aunque la espera no reclama nada
me diste tus genes rojos de animal
& naciste en mí porque tu vida
acabó contigo
ahora todos hacen lo que quieren
con la mía
& mi saliva con el agua
es algo que brilla & baila
pero los gritos no cesan
pregúntale a ella
por qué estoy de
rodillas
& por qué
se va
a quemar.

Antes

Tengo la risa de una
hiena
tengo el cuello
de una hiena
voy entrelazándome
como una creación
& no veo asesinato
Aquí.

Tengo el cuerpo del pájaro
que se soltará
mágicamente
tengo la cara de su pasado
como soy
la lechuza
del cocodrilo
mis alas tienen lugares
& soy más roja.

Como la pared del cuadro
los ojos me los quité
como tengo
valor
soy la gaviota del mensaje
callo & no lo hago

como soy salvaje
& un pez en el aire
que sabe maullar
con tono de piedra.

Como soy
la serpiente del tigre
vivo más de
lo que recuerdo
vivo como si dañara
el existir.

No hago diferencias
en el fondo del mar
o en la arena
tampoco en la tierra
seca
o por las calles de vinagre
& menos me arrebato
con ello

lucho en ese encierro
& no sé por qué
consigo &
qué gano.

Traslado perdida
no lucho
porque tengo gritos para soltar
& sigo trasladándome
para llegar
a donde nunca jamás
te he visto llegar
no mato lo que crece
en este lugar o en otro
me vuelvo a
enamorar
para siempre
me vuelvo a sentir
involucrada
como soy la garra
en el ojo
como soy todo lo superficial
nazco de nuevo
excepto que es
realidad
& salgo del camino.

Sobre la autora

Emilia Mateluna González

Nacida en Santiago de Chile, 21 de junio de 2005.
Luna en Sagitario.
Tarotista, poeta y fanática de los insectos.

Instagram: @serpentinea.

Categoría

b

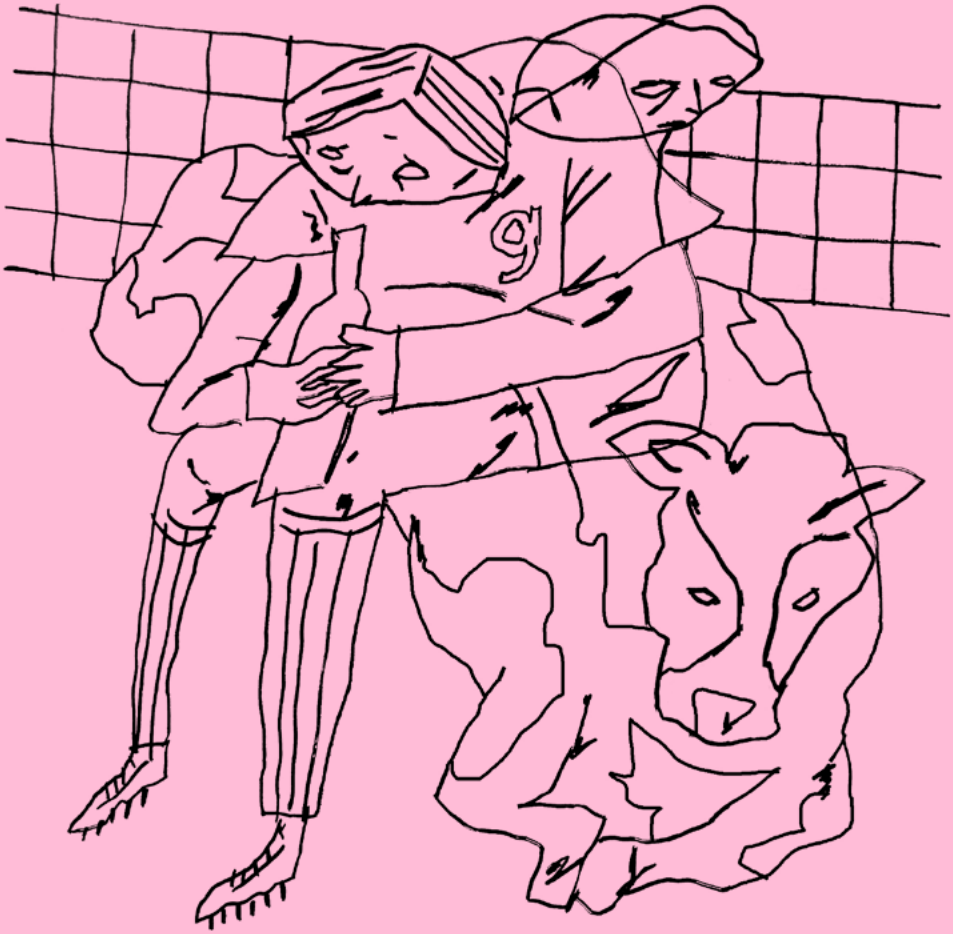
Cuento
Todas esas vacas muertas

Poesía
Humedad

Novela
Aviso de demolición

Todas esas vacas muertas

Felipe Morales Anguita



Ahora estoy en esta caseta y me muero poco a poco. Aunque alguna vez estuve vivo, pero vivo de verdad, con mi corazón latiendo como un bombo y la sangre corriendo a toda carrera alrededor de mi cuerpo como un balón en canchas europeas, o tal vez como los autos que pasan algunas pistas más allá y que no pagan manualmente, porque esas cajas de mierda que hacen bip me están reemplazando paulatinamente y me recuerdan que he sido reemplazado en todos los planos de mi vida. Al principio le eché la culpa a la vaca, como si la vaca hubiera tenido la culpa de todo. Por supuesto que era una forma de decir; las vacas no pueden tener la culpa de nada. Las vacas están ahí, comiendo o cagando o durmiendo. Igual que las personas, o que algunas personas. Pero las personas sí que pueden tener culpa. La culpa la tuve yo, no la vaca. Sin embargo, de eso se trata vivir para quienes trabajamos en un metro cuadrado, de recordar el pasado y de echarle la culpa a otras personas o a otros animales para explicar la desgracia que confluye en una caseta. La culpa de vivir en este pueblo de mierda por supuesto que no es mía. Es decir, me podría haber ido, podría haberme escapado apenas aprendí a jugar a la pelota porque era bueno, muy bueno. Pero no era valiente. Y para escapar de este lugar hay que ser valiente, porque a pesar de que puede llegar a ser infernal, hace frío, sobre todo en invierno. Entonces se hace necesario prender el fuego y el fuego acoge, aunque sea el fuego del infierno. Y así, de tanto mirar el fuego, uno se va quedando. Pero es tan aburrida la vida aquí que no queda otra cosa que conformarse. Compartir la vida con algunos amigos, inventar cahuines, tomar mate para

quitar el hambre, tomar vino hasta que el hígado ya no soporte, quizás agarrarse a la hija de algún vecino, y si queda embarazada casarse con ella. A la larga, se trata de vivir y no hacer nada. Al menos nada significativo. El fuego acoge y eso lleva a la inacción, a quedarse pegado. Pero yo hacía algo, jugaba a la pelota, y era el mejor, en la escuela era el mejor y en el campeonato comunal era el mejor. Aunque ser el mejor es algo de perspectivas. Yo era el mejor de los que conocía en mi barrio, y alguna vez fui regular dentro de los mejores del país. Sin duda era el mejor para mi mamá. Pero ¿quién no es el mejor para su mamá? Ayer leí en *El Llanquihue* un reportaje que decía que las madres ven a sus hijos un 30 % más lindos de lo que realmente son. Seguramente mi mamá me veía un 30 % mejor para el fútbol, porque lindo no me podía considerar ni ella. Mi madre fue culpable. No de mi fealdad, nadie tiene la culpa de que su hijo sea feo, y al menos eso se podía subsanar con un buen corte de pelo o con algo de barba que escondía mi acné. Fue culpable de haberse casado con mi papá, y de haberse escapado a este pueblo de mierda. No sé si realmente se escaparon, pero con los años he llegado a creer que fue así, que se escaparon porque mi papá fue un asesino, o un ladrón, o un estafador o algún tipo de criminal, porque vivía como si lo estuvieran persiguiendo. Y rezaba mucho. Me acompañaba a la escuela y entraba conmigo a la confesión de la mañana. "Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa". Lo decía en serio. No eran palabras vacías, se golpeaba el pecho con fuerza, casi con rabia. Después se iba a trabajar y en la noche llegaba con olor a trago y se sentaba callado a mirar el fuego. Y al otro día me acompañaba de nuevo y se golpeaba el pecho. "Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa". Y así, una y otra vez. Excepto los fines de semana, en que prendía la radio y escuchaba todo el día partidos de fútbol. Gritaba los goles de Caszely y me abrazaba, se emocionaba y me abrazaba. Fue quizás el único chileno que le perdonó el penal perdido del 82. Los fines de semana era feliz, estaba dispuesto a todo, incluso a perdonar a

Caszely. Era como si reviviera el día viernes, para luego volver a morir el domingo en la tarde. Su juventud la pasó en Valparaíso, pero no sé mucho más que eso. Ni él ni mi mamá hablaban de su pasado. Igual que Jesucristo, hay un periodo de su vida del que nadie sabe nada. Se cree que Jesús pudo haber ido a la India, algunos dicen que se fue con los extraterrestres. El asunto es que Jesús se fue a los doce años de su casa y volvió a los treinta y dividió la historia, determinó a los hombres a contar su vida desde su nacimiento. Mi padre también estuvo perdido unos años. No dieciocho como Jesús, pero si algunos años, cinco, siete, no lo sé bien. Tampoco estuvo en la India, estoy seguro de que con suerte salió de la ciudad. Lo más probable es que, si es cierto que fue en cana, haya sido en esos años. Ni tampoco dividió la historia para nadie, solo para mí. Y me condenó a vivir mi vida en este rincón decadente en que las vacas valen más que los seres humanos. ¿De qué escapaba mi padre? No lo sé ni tampoco lo voy a saber. Han pasado años desde que se murió. Pero como los cristianos llenan esos dieciocho años de Cristo con teorías, yo lleno esos pocos de mi padre con otras tantas. Tengo algunas razones de peso para creer que mi padre mató. A veces despierto en la noche de un sueño agitado que es recurrente. Estoy en una pieza en el campo, posiblemente cerca de mi casa de la infancia, y escucho gritos desesperados de un cerdo. Bajo las escaleras y camino hacia un galpón. Cuando entro, veo a mi padre llorando, con un cuchillo en la mano, completamente ensangrentado. Entonces viene y me abraza y me deja la ropa manchada con sangre. Es un sueño extraño porque nunca vi a mi papá matar a un chancho. Aunque sí lo vi faenar a una vaca. Quizás eso provoca el sueño. Vacas de mierda. No, la culpa no es de las vacas, la culpa es mía o de mi padre o de mi madre. Mi papá tenía una cicatriz en su costal derecho, que mi mamá a veces, cuando íbamos a bañarnos al río, le acariciaba. Siempre se preocupaba de él, y también de mí y de mis hermanos. Sabía que me gustaba leer y me regalaba libros. Hasta

antes de morir me regalaba libros en mis cumpleaños, y yo claro que los leía. Porque eran libros sobre cosas que me gustaban. Una vez me regaló un libro que se trataba de un futbolista. Era un libro interactivo, había que ir tomando decisiones. Pegarle a la derecha o a la izquierda del arquero. Fichar por un equipo grande y ser reserva o por uno chico y ser figura. Según la decisión que se tomaba había que dirigirse a una página determinada. Si decides A anda a la página 46. Si decides B, anda a la 78. Y así la historia tenía finales alternativos. Yo creía ingenuamente que las historias siempre tenían finales alternativos, que podíamos ser dueños de nuestras vidas. Con el tiempo me di cuenta de que no es así, que eso es una mentira que nos dicen para que sigamos trabajando. Mi mamá se sentía orgullosa de que yo hubiera sido el primero de la familia que aprendió a leer. Me pedía que leyera el Evangelio los domingos, que le leyera poemas de la Gabriela Mistral. Porque aunque no sabía leer, amaba la poesía. Me gustaba mucho la poesía, pero prefería leer novelas. Ella me regaló las que su sueldo de lavadora de ropa le permitía comprar y yo leí todas las que el tiempo me permitía leer: novelas policiales, novelas cómicas, novelas históricas. Y todo eso gracias a mi mamá, que además de regalarme los libros me pedía que se los leyera en voz alta, o que los leyera para mí y se los contara después a ella. Una vez me pidió que leyera un salmo en la Iglesia y lo leí y ella lloró de emoción. Lloró tanto como el día en que me gradué del colegio, o el día en que le hice ese golazo a Colo-Colo a estadio lleno. Pero lloró más cuando pasó lo de las vacas, cuando todo se fue a la mierda. Desde ese día se entristeció. Se entristeció porque yo me entristecí. Dejó de ser Tomasa para convertirse en la mamá del tipo que mató a esas vacas. Aunque por un tiempo fue la mamá del goleador, la mamá del crack. Porque antes de las vacas yo era reconocido como un buen futbolista, de los mejores. De eso me di cuenta desde niño, cuando jugaba por el liceo y era el mejor. Jugábamos en los recreos bajo la lluvia y nos empapábamos pero no importaba.

Nos volvimos inmunes al resfrío. Estábamos protegidos de la lluvia dentro de la clase, pero de pronto sonaba la campana que indicaba que era la hora del recreo y corríamos y jugábamos al fútbol como si fuera la final del mundo. En los campeonatos interescolares era de los mejores. Era el mejor. En ese tiempo no existía el campeonato nacional, pero sí regional. Íbamos a Valdivia y ganábamos, íbamos a Puerto Montt a jugar en la Pichi Pelluco y ganábamos también. Entonces el profesor Soto, que vivía cerca mío y que había sido goleador de Rangers y de Colo-Colo, propuso formar un equipo profesional. Reclutó a los mejores de nuestro liceo y algunos de otras ciudades cercanas, y ese equipo fue la base que después llegó a Primera. El 83 se inauguró el club y jugábamos bien. Tan bien que rápidamente dejamos atrás la Cuarta División, y el año siguiente la Tercera, para que el 85 llegásemos a Segunda. Éramos jóvenes, pero pasamos a formar la columna vertebral de ese plantel. La municipalidad arregló el estadio y quedó lindo. Toda la ciudad iba a vernos jugar, éramos la sensación de la Segunda División. Nos convertimos en los Toros. "Todos Toros", nos llamaba la prensa. Salíamos en los diarios nacionales, llevábamos diez mil personas al estadio cada fin de semana. Y el 85 nos reforzamos bien. Se integraron jugadores de peso como Leonel Barrientos, Elmo Aedo, y fichamos al histórico Washington Olivera. Venían porque querían jugar a estadio lleno. Y aquí hace frío pero se come bien y el estadio se llenaba. Había buenas carnes, buenos küchen, buenos quesos. Fueron buenos tiempos. Tan buenos que el año 90 fuimos campeones de la Segunda División después de una campaña inolvidable. Por fin íbamos a jugar en Primera. Y yo era uno de los mejores de ese plantel. Eso siempre lo supe, pero me convencí cuando enfrentamos al Colo-Colo del 91. Venían de ganar la Libertadores, y la próxima semana se irían a Tokio a jugar la copa Intercontinental contra el Estrella Roja de Yugoslavia.

Sobre el autor

Felipe Morales Anguita

Nacido en 1997, tiene 24 años y es de Santiago, aunque pasó algunos años de su niñez y adolescencia en Puerto Varas. Es licenciado en Derecho de la Universidad de Chile, y desde el 2019 participa en un taller literario. Escribe cuentos, a la fecha inéditos.

Instagram: @pipemorales

Humedad

Silvana Gonzalez Vásquez

UNA CAJA con sus
poleras
pendrive
gesticulaba a metros la partida.
Expandida esa pobreza
a los meses
por ejemplo:
hoy es enero en la ventana
no es un gomero el que cobija
es un plátano oriental
introducido

(los tiempos han cambiado, María Luisa,
con barro cicatriza la herida del ladrillo)

LOS PERROS saben a quién ladrar
te han ladrado
en la noche
estudiaron la longitud de una rueda

al atravesarla
como goteos del día

no pertenecen a nadie
negocian
un pedazo de choripán.

Inmolan su espesura a cambio
del cañonazo
juego equivalente
a varios ecos

resignados ellos
perdonan la pureza.

EL IDIOMA se ha construido
alrededor de un pozo
que hunde a los gatos
y los saca inflados como una llanta.
Se ha cimentado en la humedad

que alimenta diversos espinos
los ha multiplicado
entre medio de la luz,
curvadas hacia las ventanas
las palabras se han traslucido
en la cuenca en donde
se filtra el barro
dentro de una tinaja
se olvidó en el pastizal
se permuta entre los brazos
de algunas *barbies*
y en el hongo que surge
por el invierno.
El idioma se esculpe
hacia afuera; espinudo
se blinda ante el agua anegada
languidece con el calor.

VEÍA EL tesoro presumido
en pepitas dátiles
brotes lánguidos unidos

en cadenas
en el agua acumulada diez
o veinte metros abajo
esperando las sequías
las partes del barro
aún querido gestar, bondadosamente
cualquier materia que cayese
veía cómo insolaba
la luz a cada hoja
y cómo resistían inviernos enteros
las acelgas
aun pisoteadas
seguían respirando

mantenerse vendiendo
los brotes de las palmeras
riega cultivos que darían
fruto para sí mismos
uniendo en grandes montículos
las mermas
que volverían a esparcirse
quemadas en la lluvia.

Veía en cierta ínfima instancia
lo que vio mi padre
cuando golpeaba fuerte la pala
con la misma dureza
del huevillo de palmera
en cambio, obtuve
un mínimo esqueleto
emergiendo con los granos
la tierra que empastó el hueso
hasta volverlo plástico
ala triangular de pollo
asomada en el fondo de la pala.

LAS SERVILLETAS
vuelan
van esparciendo
los vidrios soltados de la mano,
escurridos bajo la mesa
se hunden junto al plato de la gata
que toma silenciosa
un agua brillante
lanza su redonda
rugosidad contra
la del cemento

esparce una aureola negra
en la sombra
la torta en la mesa se inclina
aligera su peso
por el costado vierte su crema,
pierde sus frutas
así mismo fue llenando
el cubículo de una artesa
sin ojos
que mirasen caer
uno a uno
los dátiles arrojados
por alas de paloma
la palmera curvando su forma
hunde
la rama en el cubículo
tapa el ducto
el agua no corre
traga por sus raíces
levantan por debajo
las paredes del baño
la casa se inclina
como torta

ruedan los dátiles del techo
me como un trozo de ella,
de la torta
entre los dientes hay lágrimas
la esquina
del sobre de aluminio
manjar.

Se arrastra un cuerpo hasta el árbol
los ojos exaltados
hacia la copa
ve a Dios en sus ramas
las alcanza con un gesto en los dedos
señala
intenta respirar
están las palomas
con las plumas volteadas
realizan un gorgoreo
se montan groseras
miran
recoger el cuerpo
de mi hermana
el viento es ausente

cuando nos tomamos las manos
se une a la tierra
estamos dentro del hoyo
que algún día fue compost
donde tirábamos
cáscaras
cavada en forma circular
para recibir ahí
cadáveres pasajeros.

Con la cera intacta
la vela espera
como catado el aire
para poder prenderse
hundida en la crema
espera
pasan por el lado
dos cuerpos corriendo
ayúdame con la niña
se hunde en la tierra
tómala
no sé qué hacer con ella
me golpea una rama
sale un grito
enrevesado con migajas.
He probado un trozo
de la torta
antes de salir a buscarla.

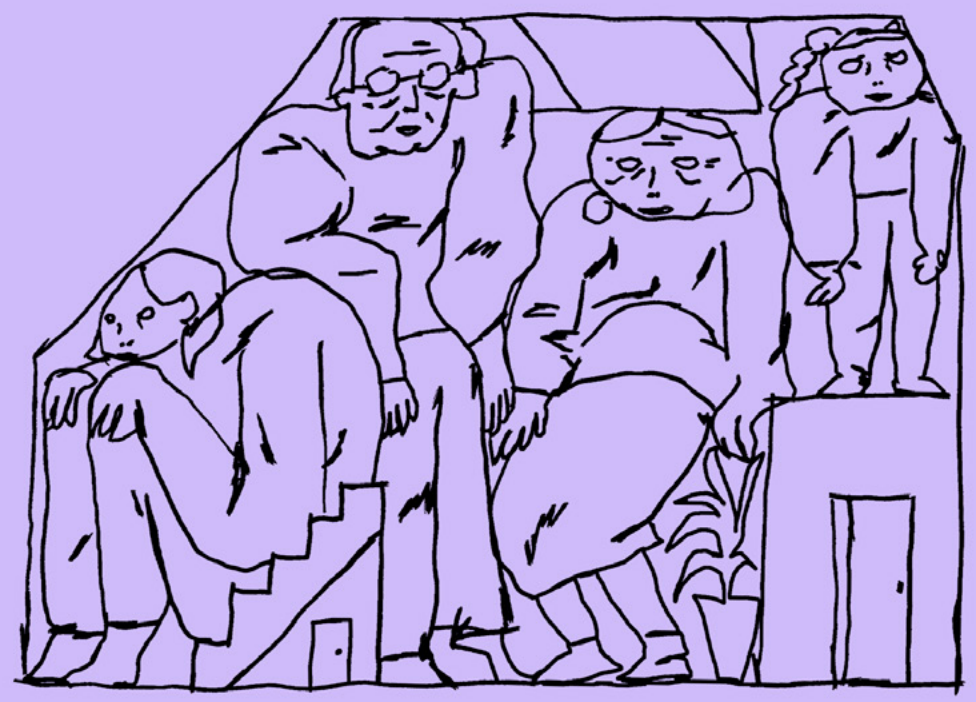
Sobre la autora

Silvana Cecilia González Vásquez

Nacida en Limache, 1995. Poeta cristiana, licenciada en arte de la Universidad de Playa Ancha. Cursó el diplomado de escritura de la Universidad Católica de Valparaíso. En 2019 es admitida en el Taller de La Sebastiana, taller LET de Balmaceda Arte Joven. Durante ese año es invitada a participar del festival de poesía Joven Maraña, y su posterior publicación por Alquimia Ediciones. Escribe textos en Plataforma Crítica de Balmaceda Arte Joven Valparaíso.

Aviso de demolición

Gabriela Alburquenque



NUNCA NADA TUVO NADIE SINO SU VOZ,
el cuerpo de voz que ha sido suyo.
GUADALUPE SANTA CRUZ

Solo las imágenes están libres del tiempo.
INGERBORG BACHMANN

Nota de la traductora

Mi abuelo escribe la palabra hija con comillas para referirse a mí.

Lo que me distancia de mi abuelo como padre son un par de comillas, un par de signos de escritura, que no son más que dos colitas ovaladas entre su sangre y la mía.

Cuando LAURA llegó la CASA estaba en ruinas.

El lugar donde pasó la infancia la ABUELA, la MADRE, y ella, ya no existía. y aunque ellas seguían existiendo, no quedaban más que escombros de estas paredes de gotelé que rode/b/an la pieza de la abuela. sí, este es su recuerdo favorito de esas ruinas: las paredes de gotelé en la pieza de la abuela.

Suele levantarse temprano los domingos, justo antes de que se prenda la tele programada, justo antes de que suene la alarma del ABUELO con una estación de radio mal sintonizada; justo ahí, Laura se levanta y va de puntillas a la pieza de la abuela después de caer del camarote en peso muerto porque acaso sus pasos,

piensa la niña, son más sutiles que el remezón del camarote que comparte con la madre en su maniobra. En puntillas, sigue esa rutina para extender la infancia, va y se mete en la cama junto a ellos, cuidando acurrucarse del lado correcto para que su espalda de con el cuerpo de la abuela y sus ojos queden de frente a las paredes con grumos.

"Gotelé". Un día, más tarde que temprano, entiende que el gotelé es una técnica de pintura que ya no está de moda y que por muchos es considerado un defecto de las paredes, por eso la gente se esmera en pedirles a los maestros que no queden grumos, que han visto un vídeo de cómo sacar los grumos y si acaso ellos saben de grumos y de cómo sacarlos.

Les dice paredes con grumos porque se parecen, TÍA, a los grumos de la leche cuando es en polvo y no líquida, tía, como la Nido y la Soprole. Ni siquiera toma de esas leches, pero la memoria está intervenida por las propagandas del horario matutino. Y sigue: tienen grumos las paredes porque las hicieron con polvo y no con líquido, tía, y la lógica no le falla, aunque le faltó un solo, de esos que sigue escribiendo con tilde, porque con polvo, el líquido igual se requiere y porque, de hecho, hay algo de técnica en lograr el espesor de una leche en polvo a las 03:00, batirla de manera continua para evitar los grumos pero que igual queden, que la niña igual pregunte o hable de las paredes, algo así, y como en la leche, también hay técnica en estas paredes, que extendidas, enseñan la textura, sin importar el material, de un origen que parece el mismo. Polvo eres y en polvo te convertirás, susurra la casa, el patrimonio.

Gotelé. Hecho con pintura al temple. Se puede aplicar manualmente con una paleta, pero lo habitual es aplicarlo a unos quince centímetros de distancia de la pared con pistolas especiales para gotelé, también llamadas *air brush*. Hoy hay distintas técnicas e instrumentos para su aplicación como las tirolesas, unas máquinas manuales que expulsan la pintura accionando manualmente una manivela, o los clásicos rodillos

que pueden alcanzar efectos de picado similares a los del gotelé. La pintura de gotelé, en función de su rugosidad o tamaño de grumos, suele requerir más material de pintura que el necesario en una técnica de pintado lisa. Puede aplicarse en una sola capa o en dos siguiendo distintas direcciones.

El viento zamarrea los cables y con ellos unas cuantas palomas, la mueve también a ella y le entrega un recuerdo que le dura una respiración o menos: ¿tienen corazón las casas? La pregunta le llega cuando fija la vista en la pandereta de la casa. Tiene poco más de siete años y está sentada en el piso, junto al abuelo, que con un gorro de diario, rodilla al suelo, pie anclado al piso, barco él mismo, y un rectángulo de madera en la mano, se dispone a arreglar la falla en el cemento. El abuelo hace esos gorros que Laura piensa que son barcos y porque no lo son siempre falla, como un aviso de que la pintura va a ser utilizada y Laura, impaciente, observa a su abuelo e imagina la posibilidad de que otra pared de gotelé exista en la casa. Error. El abuelo le cuenta que tiene que hacerle un arreglito a la pared porque la habían roto, mira aquí, dedo apuntando al hoyito, y Laura que se pregunta si eso a la casa le habrá dolido. ¿Dónde tiene el corazón una casa? Le lanza la pregunta al hombre de papel y lo deja en blanco. No, hija, es una pifia nomás. Estas heridas no duelen, golpes sobre cemento, ¿ves? Pero cómo va a ser una pifia que la pared te cuente una historia, piensa Laura, mientras ve la casa en ruinas, mientras piensa en paredes en grumos, en la herida de esa casa, que era de bala, y aunque no lo sabía en ese tiempo, ahora podía pensarlo, decirlo, con más fuerza que antes: pobrecita la casa.

Gotelé. Una mañana las paredes le hablan sobre una mujer que corre en dirección a una casa. La casa está en llamas, pero la mujer corre hacia ella. Entiende la pérdida en esa mujer en esa casa y esas llamas. Se imagina su relato, se llama Flavia. Tiene el cuerpo largo y liso, llano, como si sus carnes no hubieran vivido

nunca y a la vez, estuviera cubierta de todo. Pero no es así, Flavia ha vivido, y porque ha vivido y quería seguir haciéndolo, corre hacia las llamas, para detenerse justo en la entrada de la casa, porque así tiene que ser. Tanta decisión en un cuerpo... Escucha la historia con sus ojos y después se duerme. Sueña con una casa en llamas lo que le queda de sueño esa mañana, pero no hay mujer, no hay relato, solo casa, solo llamas, solo extensión de sueños e infancia en el correr diminuto de su mente.

No recuerda hasta qué edad mantiene el ritual de los domingos ahora que camina sobre escombros, pero tiene la seguridad de que tuvo que ser antes de los trece, edad en la que se fueron de la casa a otra que tenía paredes empapeladas y que, como toda pared empapelada, no contaba historias. No le gustaba esa casa. Demasiado grande, demasiado vacía, demasiado llena de papel mural. ¿Habrán pensado en eso los encargados de diseñarla? Esa casa es la última que compartió con ellas, con él, y esa debe ser la que esté en ruinas, no esta, no la casa de las infancias amontonadas, no la casa de las historias incendiadas.

AQUÍ, la mayor parte de las casas están en ruinas por desuso. El desuso, dicen los arquitectos, está determinado por los materiales de construcción de una casa y su antigüedad. Ahora hay planos reguladores por comunas, encargados de delimitar las reglas de salubridad y seguridad de las casas, encargados también de restringir su belleza auténtica del desencaje de una arquitectura lineal que no es acorde al plan del trayecto que habla, cuenta la historia, de la comuna misma. Los planos reguladores silencian la arquitectura y su posibilidad de crecer, de enroscarse en las esquinas, de extender los márgenes y contar una historia. A los planos reguladores no les importa el corazón de las casas.

Se quiere agachar y recoger un trocito de la casa, pero no lo hace.

Agacharse y guardarlo en el bolsillo como ritual a la memoria, pero no lo hace. En su lugar, retrocede y vuelve a la vereda sintiéndose en pena, viendo cómo sus pies ahí le convierten el cuerpo en materia extraña, insolente al territorio. Y en parte lo es, una extraña, piensa ahora que la casa no existe y el pasaje la dejó de reconocer hace un rato, porque ahora es más alta y hasta el pelo le ha cambiado. El tiempo hace esas cosas. Ya no queda nada de esa niña flacuchenta con el pelo liso hasta la cintura, que apenas alcanza un metro y treinta, mientras corre de un lado a otro sintiendo los límites de la calle golpearle el cuerpo por primera vez. Nada. El tiempo hace esas cosas. Nada de los pantalones pata elefante, las faldas acampanadas, el top que se tiene que recoger todo el tiempo intentando ocultar los pechos que no tiene porque, aunque todavía no estén, sabe que un día estarán, y cuando así sea, los tendrá que ocultar de todas formas y llegará a querer, de verdad que sí, volver atrás cuando ellos no estaban, cuando no se tenía que preocupar por lo que era una provocación, palabra que también desconocía hasta ese momento. Nada. El tiempo hace esas cosas. Ahora la mujer, ya no la niña, es una extraña y nadie, ni siquiera la amiga con la

que recoge colillas de cigarros para probarlos escondidas en un baño con baldosas verdes, ducha blanca y baldosas verdes, la reconocería. El tiempo hace esas cosas. El tiempo hace que dejemos de reconocernos y que nadie nos reconozca por el cambio de piel, una tonalidad distinta, cualquier cosa que sirva a su paso y actúe como aliado del volverse alguien que no se era, alguien que se podría ser, alguien que dudosamente se es. La voz es lo único que persiste en el tiempo y hasta esa, hasta la voz, Laura la siente perdida, arrebatada, inocua de tono, áspera de emoción. La voz de Laura es algo que cae en ruinas sin que nadie presencie el derrumbe, como esa casa, pero peor.

Laura se va muy pronto de la casa como para que quede en el pasaje parte de lo que es ahora, parte de esa voz granulada, grumosa, que es ahora. Ahora. Qué difícil pensar en un ahora cuando no se deja de pensar en la infancia que se cuenta hacia atrás como si fuera parte del presente, porque es lo único que deja ahí y es a lo único que se suele volver. Los tiempos están cruzados en la historia porque lo hacen en el cuerpo de Laura. Volver es una acción que requiere de un valor sustancial para enfrentar las cosas con la consciencia de que el cambio es imposible, porque lo que pasa, lo que pasó, queda escrito con tiza en el pavimento; frágil al agua, indócil a la memoria. Una y otra vez Laura vuelve a esa infancia, y es que su abuelo dice que ellas son la casa. Ellos. Y aunque antes no tiene la necesidad de volver a la casa, ahora está allí y ahora no hay nada, ni paredes ni infancia, ni tampoco una entrada para que el cambio pase. La casa está en ruinas y aquello es un paréntesis en el tiempo que frena las inquietudes de modificar un retazo de la historia, un margen en la escena del tiempo, o lo que ocurre en una casa que está en la periferia, casa situada, límites geográficos que exceden la piel. Lo que ocurre con el tiempo es que su guillotina no perdona, aunque se nos crucen los tiempos en los cuerpos, a pesar de eso. Con ruinas, la infancia y su amplitud, siempre más abierta que cerrada, más en suspenso que fija, se cierra por completo. Y Laura que cede, que se ve ceder, como si el tiempo y el espacio hubieran estado siempre escritos en ella, y por lo mismo, en esa casa.

Sobre la autora

Gabriela Alburquenque

Nacida en Santiago, 1995.
Lee y escribe en revistaorigami.com

Programa Premios Literarios
Consejo Nacional del Libro
y la Lectura

Mariano Tacchi Droguett

Carolina Munita Naím

Dirección de Arte
Ministerio de las Culturas,
las artes y el patrimonio

Soledad Poirot Oliva

Diseño y diagramación

Minigolf Deportivo · Francisca Osses

Ilustración

Catalina Bu

Apoyo editorial

Juan Manuel Silva Barandica

© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, 2021.

www.cultura.gob.cl

www.premiosliterarios.cultura.gob.cl